

CAPÍTULO 32.

¿UN DELITO? EL SALUDO DEL EMPERADOR Y LOS RESULTADOS DE LOS ESTUDIOS.



El 21 de septiembre del mismo año, el doctor Lachmann recibió una carta de Berlín, cuando estaba a punto de salir para Bäuchlingen con el fin de apoyar a su prima Ágata en las complicaciones que se le presentaron con motivo del compromiso de Albina con el vicario Ende. Esa carta originó que Lachmann renunciara a su viaje a Bäuchlingen y tomara el siguiente tren a Berlín. El propietario del hotel al que él acostumbraba a llegar desde hacía muchos años en sus estancias en la capital, con quien lo unía cierta amistad, le escribió:

“Estimado doctor Lachmann:

Como usted sabrá, desde hace tiempo vive con nosotros su amigo el señor Augusto Müller con el nombre de Tomás Mundete. Lamento tener que comunicarle a usted que desde hace catorce días el señor Müller desapareció sin dejar huellas, abandonando aquí su equipaje. Cuidadosamente y por debajo del agua, he tratado de informarme aquí y allá, pero nadie me da noticias. No le daría ninguna importancia al asunto de no haberme llamado la atención a mí, y a otras personas, desde hace tiempo, el comportamiento extraño del señor Müller. Pero no puedo apartar el temor de que haya ocurrido algo peculiar. Verdad es que el señor Müller no llegaba una que otra noche, esto según declaraciones de la camarera; sin embargo, el largo tiempo que ha transcurrido sin que él regrese, me induce a informar a usted, como único amigo que le conozco al señor Müller, antes de pedir a la policía que realice indagaciones o de alarmar a la hermana de Bäuchlingen.

“Reciba gratos saludos, atentamente,

Nataniel Peter.”

En el hotel, Lachmann no pudo averiguar otra cosa excepto que el 7 de septiembre por la noche Tomás había salido en compañía de un tipo de aspecto algo raro, que traía en un ojo un parche negro y que había sido visto frecuentemente con el señor Mundete, y que, desde esa noche, ya no había regresado. El portero se acordaba aún de que aquella noche el señor Mundete no estaba vestido conforme a su rango. Sin embargo, eso había ocurrido otras veces y, por eso, él, el portero, no le había concedido ninguna importancia.

Lachmann se dirigió a la policía. El empleado, que ya conocía hasta la saciedad semejantes interrogatorios, no se dejó desconcertar por la agitación de Lachmann, tomó nota de la situación y prometió llevar a cabo algunas indagaciones. Lo más probable era que el señor anduviera de luna de miel con alguna dama, o quizá se podría encontrar algo en el depósito de cadáveres. A los hospitales se enviaban, también, todos los días personas en estado inconsciente; pero, en verdad, ya que la cosa había sido hace catorce días, eso no era de tener en cuenta.

De esas tres posibilidades, Lachmann consideró que la última era la más probable. Por eso, se fue al hospital de caridad para buscar informaciones. La flaca enfermera de ingresos, que estaba a punto de llevar a una mujer casi pariendo a la sección de partos, mientras que al mismo tiempo le ponía una venda en la cabeza sobre una herida bastante grande a un niño que lloraba y, también, intentaba animar a una madre que se arrodillaba junto al cuerpo de su hijo agonizante, examinó a Lachmann con una mirada fija y le indicó el camino hacia la oficina, pero luego cambió de parecer, cuando supo que Lachmann tenía la cualidad de ser médico, y le pidió que esperara, pues el médico de guardia no tardaría en llegar. Al poco rato entró un

doctor muy jovencito, le dijo a la enfermera unas palabras graciosas, pellizcó al niño con dulzura en las mejillas y lo acostó como una niñera experta, diciéndole: “tú, tú, tú, tú, tú” y moviéndole constantemente la cabeza, para que se dejara coger el pelo. De repente, los dolores de parto de la mujer iban arreciando y, por consiguiente, ella consideró necesario cacarear para así llamar la atención sobre el hecho de que estaba poniendo sus huevos; el médico la tranquilizó gritándole que ya pasarían. Se dirigió luego hacia Lachmann, tratando de evitar con timidez al muerto y a su madre. Sí, en la sección exterior se encontraba un hombre, que catorce días antes había sido enviado allí inconsciente, con una fractura en la clavícula izquierda, que ya estaba casi curada, y ese hombre respondía a la descripción de Lachmann. Si el colega quisiera ir a examinarlo... El médico dio aún algunas instrucciones y acompañó a Lachmann a la sección de cirugía.

-No sabemos casi nada sobre este hombre -le iba contando-. No tiene documentos y ni siquiera conocemos su nombre; pero de ningún modo da la impresión de pertenecer a nuestros círculos. Le buscamos alguna ocupación, pues es un charlatán insoportable y armó un levantamiento en su sala, y resultó que el tipo posee una gran habilidad para exterminar bichos. Me parece que era una especie de exterminador de plagas o como se le llame a esa gente.

Lachmann movió la cabeza con seriedad y opinó que podría ser así. -Por lo pronto, no entiendo aún -dijo-, ¿cómo es que no saben su nombre? ¿acaso no se llama Tomás Mundete? ¿O Augusto Müller? -añadió luego, mientras que su acompañante caminaba levantando los hombros.

El joven médico se detuvo y observó a Lachmann con desconfianza.

-Si usted ya estaba bien enterado sobre el hombre, pudo haberme ahorrado el esfuerzo de contárselo todo.

-¿Cómo es eso? Yo no sé otra cosa más que lo que usted me informó.

El médico volvió a examinar el rostro de Lachmann y continuó: -¿Entendí bien, señor asesor médico Lachmann?

Lachmann se inclinó: -Sí, ése es mi nombre.

-Disculpe mi pregunta: -prosiguió el médico-, el asunto de este hombre es tan enigmático que me resultó sospechoso que usted pronunciara el nombre de Augusto Müller. Como ya le dije, no sabemos nada de él, ni siquiera como se llama. Pero los enfermeros lo bautizaron, a causa de su locuacidad de payaso, con el nombre de Augusto y, por razones de orden, la enfermera de la sala añadió el apellido Müller -el médico tenía las manos en los bolsillos del pantalón, como acostumbraba hacerlo su jefe en los pasajes especialmente interesantes de sus conferencias de clínica; apuntaba, también, el mentón hacia arriba, como si así quisiera mostrar lo elevado de su punto de vista, pues veía las cosas desde lo alto. En esta actitud comenzó a dar clase-: Se trata de un caso extraordinariamente interesante; tanto es así que el Consejero privado se vio inducido a presentarlo ayer ante los estudiantes. Este hombre, que, como ya dijimos, fue encontrado en la calle completamente sin conocimiento y con la clavícula fracturada, padece una amnesia total. Evidentemente, sufrió de alguna forma una conmoción cerebral. Y en todo caso, su memoria sobre lo anterior al momento en que se recuperó del estado inconsciente ha desaparecido totalmente, totalmente. No sabe de dónde procede, ni dónde vive, ni quién es y tampoco sabe su nombre. A mí no me había ocurrido algo por el estilo en toda mi... -El médico se sonrojó, sacó las manos de los bolsillos y dijo en un tono diferente, natural-: El Consejero médico opina que las amnesias de tan larga duración son excepcionalmente raras. Consecuentemente, tiene un interés especial por nuestro Augusto. Sería magnífico si usted pudiera aclarar la cuestión.

Mientras iban por los caminos y puentes del jardín del hospital, que tantas veces había recorrido, Lachmann pudo comprobar con íntima satisfacción que la juventud estudiosa era ahora tan pedante como en su época. -Quizá pueda yo serles realmente de alguna utilidad -dijo-. Si el hombre es mi amigo Mundete, pudiera ser que la sorpresa de verme le devuelva su memoria.

El médico movió la cabeza como signo de asentimiento, y ambos entraron en la sala.

-Oye, tú, Augusto -resonó una voz desde una cama en el centro de la sala, cuyo ocupante, a juzgar por sus vendajes, tenía una fractura en el fémur-, ten cuidado de no derramar nada de los preciosos bienes -impedido por su postura, movía con gran dificultad la cabeza para observar a un hombre de una estatura notable, quien rodeado por una serie de vasitos con orina, manejaba solícito tubitos y reactivos.

-Debería verlo -dijo otro, que llevaba la cabeza vendada, y estaba dedicado a barrer con la escoba los restos de un cambio de vendajes-, se está echando otro y casi mete la nariz.

-Sois superficiales -dijo la voz del hombre que estaba junto a la mesa de laboratorio, sin darse la vuelta. Lachmann reconoció de inmediato la voz de Mundete.

-El Coliseo de Roma fue construido con tal materia y la unidad de Alemania se realizó sólo porque Eugenia no concedía demasiado valor a ese tipo de experimentos. A ustedes les va mejor, pues tres veces al día anoto su pulso y una vez cocino aquí la sopa. A ustedes no les puede pasar nada. Pero ustedes deberían propagar que soy un juez moderado, pues les examino el corazón y los riñones.

-Grandulón, mi viejo -ahora gritó Lachmann.

Tomás giró lentamente la cabeza, sin abandonar la cocción de sus probetas de ensayo, saludó a su amigo con un gesto y le dijo: -Qué agradable que me visites, Lachmann. Tú puedes explicarle mejor que yo a esta gente la importancia de los análisis de orina. Pero, al diablo -de repente lanzó el tubito contra la mesa, de modo que rodando fue a estrellarse en el suelo-, estoy harto de la porquería y, además, de la amnesia -con pasos muy largos atravesó la sala, su bata de enfermo ondeaba como una vela floja. Además, sacó el brazo izquierdo del cabestrillo donde colgaba y, en plena carrera, comenzó a desabotonarse su bata.

El joven médico miraba atónito la larga figura que se le acercaba corriendo. -Pero su brazo aún no está curado. Tenga cuidado, escuche usted, Müller.

-¡Ah, qué Müller! Mundete es mi nombre, Tomás Mundete, y éste que está aquí -golpeó a Lachmann en el hombro- es mi viejo amigo, primo y compañero de parrandas Lachmann. Y mi brazo... -lo levantó y quiso hacerlo girar en el aire, pero de inmediato lo dejó caer haciendo un gesto de dolor- pues, sí, no está del todo bien, pero alcanza para mis necesidades. Y quiero salir de este establo, de inmediato.

-Eso no va a ser posible -el joven doctor se puso en su papel de autoridad-. Usted tiene que quedarse aquí, y seremos nosotros quienes decidamos cuándo darlo de alta.

Tomás se rió casi en su cara. -¿Eso no va a ser posible? ¿Y yo tengo que quedarme aquí? ¡Vámonos, Lachmann! -Cogió a su amigo por el brazo y se dirigió hacia la puerta.

El médico le cerró el paso. Estaba furioso y se iba poniendo cada vez más, porque vio que Tomás lograba un triunfo y risas en la sala. -Con esa ropa...

-De ningún modo pienso quedarme, me traerán la mía, por supuesto.

-El señor Consejero...

-Es un viejo conocido mío de la época de la universidad y, ya entonces, no era ninguna lumbrera. Salúdalo de mi parte y dígame que me dio mucho gusto ver que se ha conservado tan bien espiritual y corporalmente -hizo a un lado al médico y ya estaba en el corredor. Lachmann jaló consigo al joven doctor, que se mordía los labios de furia, porque supuso lo mal que le iría con la fuga del interesante caso de amnesia.

-Es un hecho -dijo- que el señor Müller o Mundete, pues él usa ambos nombres, es un viejo conocido del Consejero, al igual que yo. Pondré las cosas en orden. Usted puede ver que el enfermo es rabioso y si quiere evitar un escándalo -se oían hasta el corredor el ruido y las risas con que los enfermos comentaban el suceso-, déjelo huir tranquilamente. Hoy mismo pongo toda la cuestión en orden por su bien.

Una hora después Tomás, de nuevo todo un gentleman, tocó a la puerta de Lachmann en el hotel. Lachmann quería ir a visitar al Consejero, como lo había prometido, para aclararle el asunto de la amnesia-Müller, y Tomás aprovecharía la ocasión de acompañar a su amigo a través del Jardín Zoológico y contarle la historia de los últimos catorce días.

-¿Qué cómo ocurrió? Muy fácil. Cuando venía para Berlín, en su momento, me robaron mi cartera durante un pleito, en un carro de cuarta clase. Lo noté demasiado tarde como para hacer indagaciones en el lugar mismo. Mis sospechas recayeron de inmediato sobre un hombre con un parche negro en el ojo izquierdo, un comerciante en frutas, que tenía un endiablado parecido con Carlos Viñedo. ¿Tú sabes quién es Carlos Viñedo?

-¡De dónde tendría que saberlo! -repuso Lachmann e hizo una mueca burlona con la comisura de los labios-. Tú haces con tus vivencias como una solterona que lanza insinuaciones sobre sus aventurillas amorosas.

-Si tienes en tan poco mis experiencias -respondió Tomás disgustado-, ya que las degradas con tan viles comparaciones, no vale la pena contar el resto. Por cierto, no tiene nada que ver en la cuestión quién es Carlos Viñedo. Basta decir que él me puso en el estado que nuestro secreto amigo de la Universidad prefiere llamar amnesia.

Lachmann siguió caminando con las manos en la espalda. -El Consejero tuvo que haberte reconocido.

-Parece que no fue así.

-Tu aspecto no estaba como para dar nostalgia de reiniciar una vieja amistad contigo. Tal vez el anciano, precavido, se cuidó de que lo fueras a sablear.

Tomás introdujo su mano en el pecho, alzó la cabeza y sacó el estómago. -No tienes idea, mi amigo de lo vulgar que eres. No se piensa eso de Tomás Mundete. No, de hecho no me reconoció.

Y esa es la prueba de que él mismo padece amnesia, el pobre tipo.

El primo levantó la frente. -Y por eso...

-Naturalmente, por eso. No podía comprometer al viejo camarada frente a sus asistentes, frente a su personal, descubriendo su pérdida de memoria. Sobre todo, me llamó la atención que expresara toda clase de grandes ideas, que me dieron la sospecha de que era algo cercano al reblandecimiento cerebral. El hombre tiene mujer e hijo y una buena posición, así que tiene mucho que perder cuando se divulgue que es paralítico. Así pues, me sacrificué y le quité su mala memoria.

-Y te dejaste presentar ante los estudiantes como un caso extremadamente interesante de amnesia total tras una conmoción cerebral. Me parece delicioso -el hombrecito reía y reía, su estómago vibraba.

-Tu risa es inoportuna -dijo Tomás lleno de dignidad-. Me sentía obligado a comprobar hasta qué aspectos se extendía la estupidez de este hombre, pues por su trabajo debe dedicarse a iniciar a los jóvenes en los secretos de la ciencia. Para mi tranquilidad, resultó que sólo ha perdido su sano sentido común. La memoria científica parece haber quedado totalmente intacta. El Estado, pues, no tendrá ningún interés en intervenir contra el hombre, ya que cumple su deber actuando en contra de la sobrepoblación.

-Parece que te formaste un lindo concepto sobre los médicos en Bäuchlingen. Pero no todos somos como Vorbeuger -habían pasado la Puerta de Brandenburgo, y Lachmann asió a su amigo fuertemente por la manga, mirando con cuidado a derecha e izquierda, para que no fuera a parar debajo de las ruedas.

-Ustedes están educados -contestó Tomás serio- de la misma manera y para los mismos fines. Además, ocuparse de medicina parece suscitar en la gente una reacción específica, en cierto modo produce fermentos psíquicos, que son transferibles de médico a médico, y que en cada médico en particular se van intensificando. Evidentemente, se presenta una especie de epidemia, a la que sólo son sensibles los estudiosos de la medicina, que, sin desaparecer a lo largo de los siglos, se transforma e impide que el médico permanezca en posesión de todas sus energías mentales.

Se inquietó el paso tranquilo de Lachmann y comenzó de nuevo a golpear con su bastón los hierbajos de los prados del Zoológico. Las comisuras de sus labios colgaban tanto hacia abajo que Tomás se vio obligado a sacar de su portafolio un pedazo de esparadrapo, para jalárselas desde las orejas hacia arriba.

-Burlarse de los médicos es una broma barata -dijo-. Finalmente, se expresa ahí el rencor de aquellos que tienen que pagarle al médico.

-Y que jamás le pueden pagar su valiosa ayuda, pues sus méritos están siempre por encima de la remuneración, en eso tienes mucha razón -agregó Tomás-. En eso les va como a las madres. Pero no era mi intención burlarme de los médicos, tú no me entendiste. Dejemos eso por la paz.

Ambos caminaron un rato en silencio, y luego recomenzó Tomás:- ¿El señor Consejero vive, sin duda, en la calle Hohenzollern?

-Sí, ¿por qué lo preguntas?

-Porque quiero ir contigo hasta allá, pues antes tengo aún algunas cosas que decirte y porque allí viene el Emperador.

En realidad, ya se oían los ruidos característicos del paso del Emperador. Su auto daba, en ese momento, la vuelta en la esquina de la calle del Zoológico para entrar en la avenida de la Victoria. A ambos lados de la

calle se veía a la gente en silencio y saludando. Los dos amigos se acercaron a la orilla de la calzada, donde estaba un anciano alto y delgado con el sombrero en la mano, cuyo porte daba a conocer que había sido un oficial. El emperador parecía conocerlo, por lo menos le hizo un gesto amable al pasar frente a él.

Apenas se había alejado el auto imperial, el anciano se colocó su chistera y se dirigió indignado hacia Tomás, quien, mientras Lachmann se cuadraba, dejó pasar despreocupadamente al Emperador sin saludarlo, conservando su sombrero puesto y una mano en la bolsa del pantalón.

-¿Por qué no saluda? -inquirió.

Tomás se quitó el sombrero, se inclinó complaciente y dijo: -Mundete es mi nombre.

El anciano levantó el brazo para responder el saludo, pero cambió de parecer y repitió: -¿Por qué no saluda?

-Según mi opinión aún no nos han presentado. Ya reparé eso y me permití saludarlo, para lo cual no tenía antes ningún motivo. Pero no entiendo por qué usted no me saluda, ya que parece buscar mi amistad.

El señor hizo de nuevo un movimiento hacia el sombrero, se interrumpió otra vez y dijo muy enojado, golpeando con el bastón contra el suelo: -Le pregunto por qué no saluda a su Majestad, ¿usted vio que él iba pasando por aquí?

-Claro, pero tampoco me lo han presentado como a usted; y yo considero que no es correcto molestar con mi saludo a las personas que no conozco -Tomás pensó irse.

El otro le cerró el paso: -Todo patriota saluda a su Emperador -dijo.

Tomás miró sorprendido a su contrincante, como si lo hubiera colocado ante nuevas ideas. -Disculpe usted, hasta ahora no había tenido tiempo de ocuparme del problema de si soy un patriota, pero voy a pensarlo. Por favor, recuérdame en su oportunidad, Lachmann.

El primo se encontraba medio apartado y había sacado mucho el labio inferior, no le gustaba nada la cosa. Les repito -comenzó a hablar el anciano, que intentaba salir del aprieto con vehemencia-, todo alemán saluda a su Emperador, entonces es que éste es un revolucionario.

-Sí, entonces tuve razón al no haber saludado -dijo ingenuamente Tomás-, soy revolucionario, eso ya lo sabe. Escuche, Tomás Mundete, ya antes le dije mi nombre, allí subyace la revolución mundial, la duda. Y roja. En verdad, le agradezco la palabra. Roja... chinche... naturalmente, usted me resolvió un enigma. Le agradezco tanto -lo saludó otra vez, tomó a Lachmann por el brazo y dejó al anciano allí parado, mirándolo estupefacto, a espaldas de los dos movió su sombrero y se alejó de ese lugar.

-No hubiera pensado -dijo Tomás al seguir su camino, haciendo un gesto de muchachito con pantalones largos nuevos- que soy tan conocido.

-¿Conocido? Dios sabe que si haces otras tonterías como ésa, pronto serás tan conocido como un perro de colores.

-¿No es cierto? En verdad fue amable el viejito al aludir, de manera tan discreta con el término revolucionario rojo, a lo que se espera de mí; en particular, comparado con la ruin familiaridad con la que su Majestad intentaba congraciarse conmigo. Sí, yo también lo desairé.

Lachmann miró a su primo de reojo. ¿Era locura o era intencional? Desviando el tema dijo: -Tú querías contarme algo, antes de que llegue a casa del Consejero Nolde.

-Sí, correcto. Cuando estábamos hablando sobre la pérdida de la memoria de Nolde, se me ocurrió algo que confirma maravillosamente mi teoría sobre el contagio, y yo quisiera comunicárselo a nuestro amigo en persona. Tanto en la sala del hospital durante sus visitas como, particularmente, cuando me presentó en el auditorio a los estudiantes, habló completa y asombrosamente bien sobre este asunto. Yo soy de la opinión que por este medio, quiero decir mediante la audición intensiva de mi parte, se fueron formando en mi alma unos venenos, que produjeron luego mi amnesia total.

Lachmann se detuvo atónito: -¿Y luego? ¿Habías perdido, pues, en realidad tu memoria?

-Ni por asomo. Pero le queda tan bien a la teoría.

Lachmann movía con respeto burlón su sombrero. -Tú le sacaste el chiste a la historia. De hecho, te deberían hacer maestro.

-¿No es cierto? Pero, en fin, la cosa está mejor así. Soy más libre.

Habían llegado a la calle Hohenzollern, y Lachmann se impacientó. -Me darías un gran gusto, si por fin me contaras algo de cómo fuiste a parar al hospital. De lo contrario, no tiene ningún sentido visitar a Nolde.

-Tienes razón. Bueno, ya te conté lo de Carlos Viñedo. Busqué al tipo por todo Berlín y, finalmente, lo encontré -Tomás se quedó mudo de repente, y sólo cuando Lachmann lo asustó con sus impacientes palabras-: Sí, bueno, lo encontraste, ¿y? -logro decir-: ¿No es curioso que tan pronto como se pronuncia la palabra buscar, se piensa luego en la palabra encontrar? -Miraba ausente el rostro de Lachmann, y ya que este apenas contestó con un breve no, decidió continuar-: Me resulta muy curioso, particularmente porque cuando se tiene la palabra encontrar rara vez se piensa en buscar. El hombre se orienta en función del presente y del futuro, y todo el chisme ése de la dependencia del pensamiento humano de los conceptos causales es una pura estafa, inventada por hipócritas que no quieren confesarse que el hombre es absolutamente egoísta y, por consiguiente, sólo piensa y actúa en función de ciertos fines. ¿Entiendes lo que quiero decir?

-No, pero sigue contando...

-Me temo que yo tampoco lo entiendo del todo.

Ya estaban frente a la casa de Nolde. Lachmann se detuvo, agarró a su primo por el brazo y lo estrujó. -Vas a contarme la historia de Carlos Viñedo -gritó furioso, dando patadas contra el suelo.

-Oye, no tienes por qué patearme ahora. Bueno, pues lo encontré, salí con él varias veces y me gané su confianza con la ayuda de algunos tragos y, finalmente, le jugué una mala pasada.

Lachmann estaba a punto de abandonar el combate y levantó la mano para timbrar en la villa de los Nolde, cuando de repente le vino una nueva idea a la mente. -¿Tú pretendes preocuparte por el bienestar de tus congéneres?

Tomás lo miró con ingenuidad: -Sí. Esto es...

-En todo caso, no corresponde a tus ideas el que hayas engañado a otro intencionalmente.

Tomás se quedó pensativo. -Tal vez tienes razón. No fue muy amable de mi parte. Espera aún un momento, voy a contarte la historia. Pero quita primero la mano del timbre. Eso me pone muy tenso.

Lachmann dejó caer su mano con la sonrisita de una madre que le concede a su hijo un capricho.

-Sí, para ti naturalmente no significa nada -continuó Tomás animado-, pero para mis ojos el botón del timbre se convierte en el punto central de la mujer, y espero siempre el momento en que la corriente eléctrica fluya a través del cuerpo. A veces no es fácil estar ahí viendo.

En ese momento, Lachmann se dio cuenta del destino que correría su amigo. La idea le resultó insoportable y la hizo a un lado con la palabra "loco".

-Puede ser. Aunque no lo creo. Bueno, me había citado con Carlos Viñedo o el frutero la noche del 7 de septiembre, para ir con él a un tugurio berlinés. Al llegar el tipo, yo tenía sobre el escritorio mi cartera con un billete de mil marcos muy a la vista, todavía le metí un par de billetes chicos y me la puse en el bolsillo superior del saco. Nos fuimos y visitamos algunas tabernas, en las que llegué a conocer toda clase de pillos interesantes. Al final, estábamos en un cuchitril lleno de humo, en algún sitio al norte de Berlín. Para entonces, debo haber estado bastante borracho después de muchos tragos, por lo menos recuerdo borrosamente el lugar, a un cantinero gordo y muy pálido y que el frutero estaba sentado frente a mí y me miraba. Ya no sé lo que pasó después, si me echaron algún veneno o si simplemente me dieron un buen golpe en la cabeza. De todos modos, cuando recobré el conocimiento estaba en el hospital.

Tomás se cayó y observó con curiosidad a su oyente, como si esperar que su relato produjera en Lachmann alguna reacción de asombro, que por lo menos se llevara las manos a la cabeza, si no caía postrado al suelo. Como no ocurrió nada de eso, y el primo más bien estaba allí parado, atónito y con cara de idiota, pues había pensado oír otra cosa por completo, Tomás dijo: -Creo que tú no entiendes mi historia.

-Sí, por supuesto -se apresuró a decir Lachmann-. Lo que no entiendo es que tú afirmes haberle hecho al tipo una mala jugada. Por supuesto, no fue por haberlo enriquecido con los mil marcos, que de seguro te quitó.

-Correcto. Me los quitó, y esa era la razón de toda mi empresa, pues por ello está en la cárcel.

-¿Quién? ¿Carlos Viñedo?

-Sí. Pudo haber sido también el frutero. Basta, está preso. De seguro que hay vanidad en el asunto de haberlo capturado, aunque quizá me atrajeron también los doscientos marcos de recompensa ofrecidos por su detención; sin embargo, ¿consideras tú, en realidad, que sea digno de mi parte haber entregado a un delincuente consuetudinario a la policía?

-No, seguro que no -Lachmann estaba lleno de curiosidad. Se acercó a su amigo y le estrechó la mano-. Al contrario, lo encuentro magnífico, no te creía capaz de ser tan valiente, pues siempre... un delincuente experto, como ese Carlos Viñedo...

-También pudo haber sido el frutero -intervino Tomás. Luego cambió de estar apoyado en una pierna a la otra, se veía muy incómodo.

-... dejarse capturar en medio de sus compinches, para eso hace falta algo. Magnífico, sí, magnífico. Pero cuéntame, ¿cómo fue que lo lograste? ¿Te siguió a escondidas un detective o...?

-Lachmann, eres el asno más grande de este siglo y el que viene -lo interrumpió Tomás, se dirigió a la casa y timbró. La puerta se abrió de inmediato y, antes de que Lachmann hubiera tenido tiempo de trepar con su pequeño cuerpo los dos escalones que lo separaban de la entrada, Tomás se había adueñado de la situación.

-Anúncienos al señor Consejero -dijo y le dio con dignidad una moneda al sirviente pasando frente a él, antes de que éste pudiera abrir su boca sin bigote y pronunciar su eterna cantaleta de que el señor Consejero no recibía a esa hora.

Tomás casi se había quitado el gabán, miró fijamente al criado, y éste intimidado lo ayudó, luego le dijo: -Avisa al señor Consejero que el Grandulón y el Gordo están aquí para saludar al Cariñoso y condúzcanos a la sala. ¿Tienes una tarjeta tuya por ahí, Lachmann? Dámela.

El sirviente, de pie con las rodillas temblorosas, miró dudoso la tarjeta y, luego, a ese señor tan alto que no hacía ningún cumplido.

-¿Ya me entendió? -increpó al criado, mientras se peinaba los cabellos frente al espejo.

-Sí, pero...

-Anúncienos -se metió también Lachmann-. Gracias, puedo solo. -Se iba desprendiendo lentamente de su abrigo-. Anúncienos: al Grandulón y al Gordo.

El consejero les salió al encuentro con los brazos abiertos y atrajo al largo Tomás hacia él, subyugado por la emoción, como si diera la bienvenida al hijo que regresa de un viaje lleno de peligros.

-Sí, me contó ya el doctor Hübner que te fuiste a casa, viejo Grandulón -sin dejar de abrazarlo, le dio una palmada en la espalda-. Fue una terrible aventura. Te extrañará que no te haya refrescado la memoria de inmediato. Tampoco fue amable de tu parte. Pero, para comenzar, me resultaba muy dudoso que nos fuera de ayuda, luego apareció en mi el interés científico. Amnesia total con el intelecto completamente intacto, tan total que no reconocías a tu mejor amigo, algo así no se ve todos los días. Y sabes, Gordo -se dirigió a Lachmann, que admiraba atónito la habilidad de Nolde para zafarse del asunto- no era nada mala la idea de pasar de contrabando, por debajo del agua, su propio nombre, Augusto Müller, como un apodo que le hubieran dado al azar -dio un paso hacia atrás, introdujo las manos en las bolsas del pantalón, levantó el mentón y se acarició la hermosa barba rubia y larga-. Bien puede suponerse que el hombre estaba digamos predestinado, por lo menos, para la curación mediante este artificio de la terapia psíquica, aunque tal vez no se deba ir tan lejos y retenerlo para el momento decisivo. Pero creo -Nolde entrelazó sus manos alegre y orgulloso-, creo que tu intervención, estimado colega Lachmann, no hubiera tenido éxito de no haber preparado yo antes la cosa.

Antes de que Lachmann fuera consumido por el sentimiento de envidia que provocaba en él la habilidad para mentir de la lumbrera universitaria, intervino Tomás.

-No, en verdad que no hubiera servido de nada. La aparición de Lachmann no tiene nada que ver con mi restablecimiento, pero también tu fina terapia, Nolde, me resultó superflua. La memoria -Tomás se sentó y procedió a encender el puro que Nolde le había obsequiado- me fue arrebatada por sugestión, fue el jefe

de una banda que me quería robar y, con este fin, me hipnotizó, es decir que en un trance poshipnótico me fueron prohibidos todos los recuerdos durante catorce días. Esa es la solución al enigma -miró con desaprobación a Lachmann, que se encontraba allí en un asiento casi doblado, con los ojos muy abiertos, apoyado en las rodillas y haciendo una cara como si estuviera a punto de estallar-. No sé si el caso se vuelve aún más interesante por eso.

Lachmann se acomodó en la silla, cruzó las piernas y tiró la ceniza de su puro en el tapete.

-Cariñoso -le dijo sonriendo triunfante-, el Grandulón te supera.

Nolde miró inseguro y desconfiado primero a Tomás y, luego, a Lachmann; finalmente dijo: -Sí, sí, es en realidad interesante. Pero debemos alegrarnos de que las cosas hayan salido así. ¡Qué bien te ves ahora, Grandulón! ¿Y tu clavícula? ¿Ya está completamente sana? ¿No más dolores? ¡Déjame ver! -intentaba levantar el brazo de Tomás para examinarlo, cuando apareció el criado y le murmuró algo al oído.

-¿Qué ocurre? -le gritó-. Esta es la segunda vez que hoy me deja entrar a esa chusma que no sabe leer cuáles son mis horas de visita -tomó la tarjeta que el criado le tenía, su rostro resplandeció mientras que sus labios se ponían en punta.

-¡Ah! La señora von Lengsdorff y la pequeña Elena está con ella. Eso es algo diferente. Hágalas pasar a mi consultorio. ¡Ah! Ustedes me podrían disculpar un momento.

Tomás hizo un gesto con la mano, y el Consejero desapareció rápidamente: iba examinando el cierre de su pantalón.

-¿Lengsdorff? -preguntó Lachmann-, son...

Tomás asintió. Había puesto sus manos cruzadas detrás de la cabeza, tenía las piernas muy extendidas y miraba haciendo un guiño de astucia. -Quisiera ser testigo de cómo se le presentan la puta y la putilla -dijo.

-¿De dónde las conoces? -preguntó Lachmann muy interesado. Tenía la mano puesta sobre la mesa y hacía como que tocaba el piano con los dedos sobre un pequeño cenicero.

-No llegué con ella tan lejos como tú -respondió Tomás-, con todo fue muy agradable.

Lachmann metió enojado su mano en la bolsa del pantalón. -Todavía me estás debiendo la explicación sobre ese Carlos Viñedo y cómo lo...

-También pudo haber sido el frutero. O quizás no era ninguno de los dos.

-¡Carajo! ¿Tampoco sabes eso? -gritó furioso Lachmann-. Yo creía que ambos eran una y la misma persona.

-Puede ser, también puede no ser. No lo sé con tanta precisión.

-Tú tienes una maldita manera...

-De verte en tus juegos con Elenita, y eso te enoja. Pero, ¿por qué tamborileas con los dedos en ese hoyo cuando se habla de ella?

Lachmann se dio un puñetazo contra la rodilla. -Ya estoy harto. O me cuentas la historia o te dejo aquí solo con el Cariñoso.

-¿Qué es lo que quieres saber exactamente? -preguntó Tomás con impaciencia.

-Quiero saber -Lachmann acentuaba cada palabra con un golpe sobre la rodilla- cómo entregaste a la policía al tipo, a ése con el que estabas en el tugurio y que te robó tus mil marcos. Estuviste todo ese tiempo en el hospital.

Tomás lo miró divertido. En ese momento era pura vanidad. -El billete de a mil era falso -guardó silencio un rato, deleitándose en su propia satisfacción frente al espejo que estaba allí, luego comenzó a contar con prisa-. Bueno, el billete de a mil está muy bien falsificado. Cuando concebí mi plan, me esforcé mucho por dar con algo así; finalmente lo encontré donde un coleccionista de objetos raros y, a cambio, le regalé mi Escrutador de Almas.

Lachmann dio un salto. -¡Estás loco! -El Escrutador de Almas, la silueta de Goethe, que Ágata había extraviado en el momento de cambiarse a la casa del hermano, había sido siempre el objeto de sus deseos-. Pero cuenta -dijo con resignación.

-El frutero quiso cambiar el billete falso de a mil al día siguiente en el Banco. El hombre de la caja olió el asado, y mi amigo Carlos Viñedo fue capturado, y todo salió a la luz.

-Sí, ¿y te llamaron como testigo?

Tomás lo miró perplejo: -No.

-Entonces, ¿cómo es que sabes que está preso?

-¿Saber? Tanto como saber.

-¿No lo sabes? ¿Entonces ni siquiera ocurrió?

-Tal vez sí, o por lo menos pudo haber pasado.

Así que te sacaste toda la historia de la manga. Eso es escandaloso -Lachmann echaba espumarajos de furia.

-Por favor -dijo Tomás emocionado-, tengo tanto derecho como tú o el Cariñoso -en ese momento entraba Nolde- a escurrirme algo de la manga. Se les figura que, sólo por ser médicos, son los únicos que tienen derecho de fanfarronear. Pero se equivocan completamente -se interrumpió para señalar a Nolde-. Mira nomás, por amor a Elenita el Cariñoso es un bocón.

El Consejero, que no entendió el comentario de Tomás, se sobresaltó: -Encuentro de muy mal gusto eso de insultar así a los médicos. Y ya me di cuenta de que me tomaste el pelo con la historia ésa del hipnotismo -se acarició la barba con orgullo, pero al instante ladeó la cabeza confuso-. ¿Qué tanto me ves? -le preguntó.

-Me interesa -Tomás replicó muy serio- el hecho de que tú permanezcas exactamente igual, a pesar de emitir un diagnóstico falso. La dignidad de maestro universitario y consejero no cambia nada en el alma del médico. En eso te pareces mucho al doctor Vorbeuger, sólo que sus diagnósticos siempre son falsos.

-¿Cómo, diagnósticos falsos? -preguntó Nolde.

-Porque es verdad eso que te dije sobre la hipnosis. Tampoco entiendo cómo tú, con tu gran perspicacia, no te diste cuenta de inmediato de que la fractura de mi clavícula confirma imperturbablemente la veracidad de mis palabras.

El Consejero puso sus manos sobre su barriga, como solía hacerlo cuando uno de los candidatos daba una respuesta estúpida en el examen. -¿Confirma? La fractura demuestra, por supuesto, que de alguna manera fuiste atacado violentamente.

Tomás se levantó y fue hacia Lachmann. -Vamos, Gordo -le dijo-, no tiene ningún sentido seguir aquí, nuestro viejo y pobre Cariñoso está, en realidad, del todo maduro para la Universidad.

Lachmann se quedó sentado muy tranquilo. Se estaba deleitando con la perplejidad de Nolde, que ya no sabía qué hacer con Tomás. -Nos debes una explicación sobre cómo es que tu fractura de clavícula demuestra que fuiste hipnotizado.

Tomás alzó los hombros. -Para Carlos Viñedo o quienquiera que haya sido era deseable quitarme de en medio por una temporada. Inyectó este deseo en mi alma mediante la hipnosis, como si fuera un suero, y este veneno del alma conmocionó mi cerebro y quebró mi clavícula por el proceso del contagio interior. ¿Cómo podría explicarse, si no, el hecho de que no tenga heridas graves? El contagio interior siempre actúa sólo hasta donde lo requiere un fin preciso; a esto se le da el nombre, como podrá confirmártelo el señor Consejero aquí presente, de ley de economía de la naturaleza, que consiste en obtener siempre, a partir de los mínimos medios, los mayores resultados.

-Ésa es una pura tontería -intervino el Consejero.

-No, ésa es la teoría pura y la teoría pura es siempre correcta.

-Pero sí que estás bien loco, Grandulón -pontificó el Consejero-. Una teoría sólo puede ser correcta, si las premisas son correctas, y no puede decirse que el buen Dios está en el cielo, luego el cielo tiene que ser sólido.

-¿Por qué no se puede decir eso? Durante siglos se ha dicho, y, si me da la gana de volverlo a decir, de nuevo será precisamente correcto.

Lachmann observaba divertido al Consejero, quien seguía acariciándose la barba, pues otra vez no sabía

qué hacer. Poco a poco le resultaba más claro que Tomás estaba loco, pero no encontraba el giro preciso para transformar, inofensivamente, la conversación en la que se había metido.

-El hombre como medida de todas las cosas -estiró convulsivamente la boca, lo que significaba una sonrisa de satisfacción-. Pero estamos muy encima de eso. La ciencia pudo progresar desde que es objetiva.

-Eso significa, desde que el maestro universitario se convirtió en la medida de todas las cosas -dijo Tomás, en el más complaciente de los tonos que tenía a su disposición-. Pero pon atención. La universidad es la quintaesencia de toda sabiduría. Ésa es la teoría. Por consiguiente, todos los maestros de la universidad son personas inteligentes, incluso tú -Tomás miró triunfante y Lachmann le dio una palmada amistosa.

-Ésa es una insolencia -bramó Nolde.

-No, ésa es una teoría -ahora se dejó oír la voz de Lachmann-, una en la que tú crees. El Grandulón está en lo cierto. Pero además, queremos llevarnos bien, ¿no es verdad?

-Yo no estoy peleando -reclamó Tomás-, sólo desarrollo lo que antes te expuse sobre la contagiosa epidemia mental de los médicos, que por cierto es válida para todas las profesiones. Estudiar en sí es un veneno que causa ciertas consecuencias de fácil reconocimiento. Pongamos por ejemplo a los teólogos. Desde hace dos mil años se rompen la cabeza por lo que está en la Biblia. Además, la llaman la palabra de Dios y quieren hacernos creer que el buen Dios hablaba de manera tan embrollada que sólo mediante su interpretación se puede entender. Eso es enanismo mental y también delirio de grandeza.

Nolde se había puesto contento. Pues, siendo él mismo un gallina miedoso y un adorador del diablo, no existía para él nada más lindo que un hábil golpe contra todo lo que fuera religión.

-Sí -gritó tirándose de la barba, como si quisiera testiguar con esa resistencia su espanto-, y eso que Jesús hablaba para los simples pescadores. Tiene que haberse expresado de la manera más comprensible... -Y el abogado -intervino Lachmann, pues de repente se puso a pensar en el proceso que había perdido con el notario Warnemann- se representa a su diosa protectora como una ciega, probablemente para insinuar lo incapaz que es de distinguir entre derecha e izquierda, entre justicia e injusticia.

-La cuestión está bien clara -recomenzó Tomás-. Si se mira fijamente sólo hacia un punto, por último ya no se ve nada. Así, mientras se estudia con mayor ahínco, se vuelve uno más tonto, también con respecto al objeto de estudio. Y de allí resulta...

-Que los abogados no entienden nada de Derecho -lo interrumpió Nolde, doblándose de risa.

-Y los teólogos nada de Teología -añadió Lachmann.

-Y ustedes dos nada de medicina -culminó Tomás. Con su brazo derecho agarró al Consejero y con el izquierdo a Lachmann, se agachó hasta el suelo, jalándolos suavemente consigo, y gritó:- Uno tiene que pararse de cabeza, si es que quiere juzgar bien. De otro modo, no puede uno ver sino una masa de traseros, pues hoy en día todo está de cabeza.

-Pero, Hugo, ¿qué estás haciendo? -se oyó una voz femenina.

-Aprendo a juzgar al mundo correctamente -resonó desde las profundidades-. Por cierto, permíteme que te presente a mis amigos. Aquí a la izquierda este trasero abundante es Lachmann, el Gordo, de frente ya lo conoces, y en el centro, el trasero con las piernas largas es el Grandulón, Augusto Müller.

Tomás soltó a sus dos amigos. Sin decir una sola palabra, fue hacia la puerta, la abrió, la volvió a cerrar y dijo: -Así, ahora que ya se fue Augusto Müller, nos quedamos en confianza. Por favor, Lachmann, ¿quieres presentarme correctamente?

-Pero niños -dijo Lachmann resoplando como si tuviera que hacer un gran esfuerzo-, así de buenas a primeras no puedo aceptar esa idea, para eso necesito tiempo. ¿No podrías invitarnos a cenar, Cariñoso? ¿Es posible, mi estimada señora, a quien no me atrevo a llamar Cariñosa?

Nolde observó a su mujer perplejo y, ya que la vio asentir, respiró lentamente y dijo: -Pero, primero tenemos que pedirles permiso a los niños.

La velada transcurrió de maravilla. Al regresar Tomás ya muy tarde tambaleándose al hotel, cogido del brazo de Lachmann, se expresó así: -Sabes, si él no fuera un terrible estúpido, me gustaría alguna vez estar metido en su pellejo. La Clara no está mal. Bueno, mañana iremos por su ruta.

Lachmann movió la cabeza, pero no contestó nada.

Un poco antes de llegar al hotel, Tomás se detuvo: -Ver a los viejos amigos de la juventud resultó más agradable de lo que yo pensaba. ¿No crees que podríamos visitar alguna vez al Príncipe Víctor?

Lachmann ya estaba medio dormido y rezongó un “sí”, pero a la mañana siguiente estaba muy sorprendido de que Tomás lo indujera a acompañarlo al palacio del Príncipe Rojo, para concertar una cita. Después de algunas horas, recibieron una invitación del Príncipe para asistir a una comida de caballeros, al día siguiente, en el Castillo de Belvedere cerca del bosque de Ebers.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck